

lazos de la sociedad en general, aniquilaba por consiguiente los vínculos de la familia. Acostumbrado el niño desde la cuna á considerarse como víctima consagrada á una muerte precoz, perdía el freno de la obediencia á sus padres: contrahía hábitos de pereza, de vagancia y de libertinaje, esperando el momento de lanzarse á saquear y degollar al mundo. ¿Qué principio de religión, ni de moral tenía tiempo de arraigarse en aquel corazón? Por otra parte, en la clase del pueblo, los padres no cobraban el afecto necesario, ni empleaban la solicitud oportuna en educar unos hijos que con tanta facilidad habían de perder, de quienes no podían prometerse ningún apoyo, y que en último resultado no venían á ser mas que un motivo de penas, y una pesada carga. De todo esto provenía un endurecimiento, digámoslo así, del alma, un olvido de los sentimientos naturales que conducen al egoísmo, la indiferencia al bien y al mal y la falta de apego á los intereses de la patria; defectos que embotan la conciencia y encaminan á la esclavitud, como quitan la capacidad de aborrecer el vicio y admirar la virtud.

Tal fue la administración de Bonaparte por lo tocante al interior de Francia.

Examinemos ahora su gobierno bajo el aspecto de las relaciones exteriores, aquella política de que estaba tan orgulloso y de la que acostumbraba dar esta definición: *la política es jugar á los hombres*. Pero, ¡ah! en ese abominable juego perdió todo cuanto tenía, y la Francia es quien ha pagado sus pérdidas.

Principiando por su sistema continental diremos que semejante sistema, propio de un loco ó de un niño no era por de pronto el objeto real de sus guerras, y si solo el pretexto. No hablando mas que de la libertad de los mares aspiraba á ser el dueño de la tierra. ¿Hizo acaso lo que convenia para establecer ese insensato sistema? ¿Por ventura no dejó de cerrar los puertos del Mediterráneo y del Báltico por aquellas dos grandes faltas que como luego diremos hicieron fracasar sus proyectos sobre España y sobre la Rusia? ¿No dió todas las colonias del mundo á los Ingleses? ¿No les abrió en el Perú, en Méjico y en el Brasil un mercado mas ventajoso que el que intentaba cerrarles en Europa? Tan cierto es esto que por último enriqueció con la guerra al pueblo que pretendía arruinar. La Europa no toma del comercio inglés mas que algunas superfluidades: las naciones europeas en el fondo hallan cada cual en sus propias manufacturas recursos con que satisfacer sus primeras necesidades. En América por el contrario, los pueblos necesitan de todo, desde la primera hasta la última pieza de su vestido: diez millones de americanos consumen mas mercancías inglesas que treinta millones de europeos. No hablo de la importación del dinero de Méjico á las Indias, ni del monopolio del cacao, de la quina, de la cochinilla, ni de otros mil objetos de especulación que se han convertido en una nueva fuente de riqueza para los ingleses. Y cuando Bonaparte hubiera conseguido cerrar los puertos de España y del Báltico, hubiera por supuesto tenido que cerrar los de Grecia, de Constantinopla, de Siria y de Berbería: lo cual era equivalente á acometer la empresa de la conquista del mundo. En tanto que él hubiera tenido que emplearse en nuevas conquistas, los pueblos sometidos, no pudiendo cambiar las producciones de su suelo, ni de su industria con las de otros países hubieran sacudido el yugo y vuelto á abrir sus puertos. Todo eso no presenta mas que falsas miras, empresas pequeñas en fuerza de ser gigantesca, falta de razón, de sentido común, sueños de un loco, de un delirante.

Por lo tocante á sus guerras, á su conducta con los gabinetes de Europa, queda desvanecido el prestigio tan luego como se sujetan al menor examen. No se mide la magnitud de un hombre por las empresas

que acomete, sino por las que lleva á cabo. A cualquiera le es dado soñar en la conquista del mundo; pero solo un Alejandro pudo conseguirla. Bonaparte gobernaba la España como una provincia del imperio, chupando la sangre y el oro que había en ella. No se contentó con esto: quiso sentarse en el trono de Carlos IV. ¿Qué hizo para conseguirlo? Poniendo en juego la mas pérfida política introdujo el germen de la discordia en la familia real de España: luego burlándose de todas las leyes divinas y humanas arrebató aquella familia; é invadió súbitamente el territorio de un pueblo leal que acababa de combatir por su causa en Trafalgar. Insultó el carácter de aquel pueblo, degolló sus sacerdotes, ajó el orgullo castellano, mas no tardó en ver que respondiendo á su reto se lanzaban al combate los descendientes del Cid, los nietos del gran capitán. Zaragoza celebró sus propios funerales y se sepultó libre por no vivir esclava: la voz de Pelayo resonó nuevamente en las Asturias, y el moderno Almanzor tuvo que abandonar precipitadamente el campo. Esta guerra reanimó el entusiasmo en los pueblos de Europa: la Francia tuvo una frontera mas que defender, creó un ejército en favor de los ingleses, los volvió á traer al cabo de cuatro siglos á los campos de Poitiers, y les hizo dueños de los tesoros de Méjico.

Si Bonaparte en vez de recurrir á esas estrategias dignas de los Borjias, hubiera, valiéndose de una política siempre criminal, pero por lo menos mas hábil, declarado la guerra al rey de España, si se hubiera anunciado como vengador de los castellanos oprimidos por el príncipe de la Paz; si hubiera alhagado la española arrogancia, y respetado su religión, tal vez hubiera conseguido su intento (1). «Nada quiero de los españoles; lo que quiero es la España», solía decir en sus accesos de furor. Pues bien, esa España fue ciertamente la que abatió su orgullo: el incendio de Burgos causó el incendio de Moscu; la conquista de la Alhambra trajo á los rusos á sentarse en el Louvre. ¡Sublime y espantosa lección!

La misma falta cometió respecto de la Rusia. Si en octubre de 1812 se hubiese detenido en las orillas del Duna; si se hubiera contentado con tomar á Riga y acantonar durante el invierno su ejército de 300,000 hombres, dejando á retaguardia la Polonia organizada es verosímil que habría puesto en grave peligro al imperio de los czares. En vez de obrar así se encaminó á Moscu por un solo camino y sin llevar almacenes ni recursos. Llegó á Moscu, y los vencedores de Pultawa incendiaron su ciudad sagrada. Bonaparte se adormeció un mes entre las ruinas y cenizas, olvidado al parecer del regreso de las estaciones y de lo riguroso del clima: dejóse engañar con proposiciones de paz: no conocía lo suficiente el corazón humano, y creyó que unos pueblos que acababan de entregar á las llamas su propia capital, para librarse de la esclavitud, habían de ir á capitular sobre las humeantes ruinas de sus casas. Sus generales le advirtieron que era tiempo ya de retirarse, y Napoleón lo verificó jurando como un niño furioso que no tardaría en volverse á presentar con un ejército, *cuya sola vanguardia constaría de 300,000 soldados*. Dios envió un soplo de su ira: ¡todo pereció, todo quedó reducido á un hombre!

Absurdo en administración, criminal en política, ¿qué encanto tiene pues ese extranjero para alucinar á los franceses? ¿Su gloria militar? Ya está despojado de ella. Es efectivamente un famoso gana-batallas; pero fuera de esa circunstancia, cualquiera general de mediana capacidad es mas hábil que él. Nada entiendo del arte de practicar una retirada, ni de dis-

(1) Por lo menos no hubiera sido tan monstruosa su perfidia; pero bien sabía el tirano que no usando de este medio no tenía otro camino que el de Roncesvalles.

putar el terreno: es impaciente, incapaz de esperar largo tiempo un resultado, fruto de profundas combinaciones estratégicas; toda su ciencia consiste en marchar adelante, embestir, correr, ganar batallas, como dicen, *con descargas de hombres*: aventurarlo todo á un lance, sin cuidarse del porvenir, y sacrificar la mitad del ejército con fatigas superiores á las fuerzas humanas. Pero ¿qué importa? ¿Por ventura no es dueño de decretar nuevas quintas, y de contar con la *materia primera* en abundancia? Se cree que ha perfeccionado la ciencia de la guerra, y lo cierto es que la ha hecho retrogradar (1) á la época de su infancia. Lo sublime de la ciencia de la guerra, en los pueblos civilizados consiste en defender un país de gran extensión con un pequeño ejército; en proteger el reposo de algunos millones de hombres detrás de una línea de 60 ó 80,000 soldados; de manera que en tanto que el labrador sigue tranquilamente cultivando su campo, casi ignore que á pocas leguas de su cabaña se están dando batallas. Ciento cincuenta mil hombres guardaban toda la extensión del imperio romano, y el mismo Cesar no se presentó en Farsalia sino con algunas legiones. ¡Protéjanos actualmente en nuestros hogares ese vencedor del mundo! ¿Pues qué! ¿Tan súbitamente le ha abandonado su genio? ¿Por qué maravilla aquella Francia que Luis XIV circundó de fortalezas, y Vauban cercó como un hermoso vergel se vé en los momentos presentes invadida por todas partes? ¿Qué es de las guarniciones de las plazas fronterizas? ¿No existen. ¿Qué es de los cañones que defendían sus baluartes? Todo está desarmado, hasta los buques de Brest, de Tulon y de Rochefort. Si Bonaparte hubiera querido entregarnos sin defensa á las potencias aliadas, si en secreto hubiese conspirado, ó se hubiese vendido contra los intereses de la Francia, ¿podía por ventura haber obrado de otro modo? En menos de 16 meses se han sepultado en los bosques de Alemania y en los desiertos de Rusia dos mil millones en numerario, un millón cuatrocientos mil hombres y el material de todo el ejército y de todas las plazas de Francia. En Dresde, Bonaparte cometió faltas sobre faltas, olvidándose de que si los crímenes no son alguna vez castigados mas que en el otro mundo, las faltas no se libran de hallar su castigo en este. Demostrando la mas incomprendible ignorancia de la marcha política de los gabinetes, se empeñó en permanecer sobre el Elba, sufrió una derrota en Leipsick, y rehusó una honrosa paz que le propusieron. Lleno de desesperación y de rabia, salió por última vez del palacio de los monarcas franceses; por un espíritu de injusticia é ingratitud incendió la población en que aquellos mismos reyes tuvieron la desgracia de alimentarle; no opuso á los enemigos mas que una actividad sin plan, sufrió una postrera derrota, volvió á huir, y por último libró de su presencia á la capital del mundo civilizado.

Resistiríase la pluma de un francés á pintar el horror de aquellos campos de batalla: para Napoleón un hombre herido no es mas que un peso: si muere, tanto mejor: con eso le libra de un estorbo. Montones de militares mutilados confusamente hacinados en un rincón, han pasado alguna vez dias y dias, y acaso semanas enteras sin el auxilio de la cirugía: no se encuentran hospitales donde quepan los enfermos de un ejército de 700, ó 800,000 hombres, ni hay facultativos bastantes para cuidarlos. El verdugo de los franceses no toma ninguna precaución en provecho de aquellos desgraciados: los empleados de sanidad militar carecen de todo recurso para ejercer su profesion: si hay profesores, no hay botica que confeccione sus recetas, si hay botica faltan instrumentos con que

(1) Es cierto sin embargo que perfeccionó la parte llamada *administración del ejército*, y el material de la guerra.

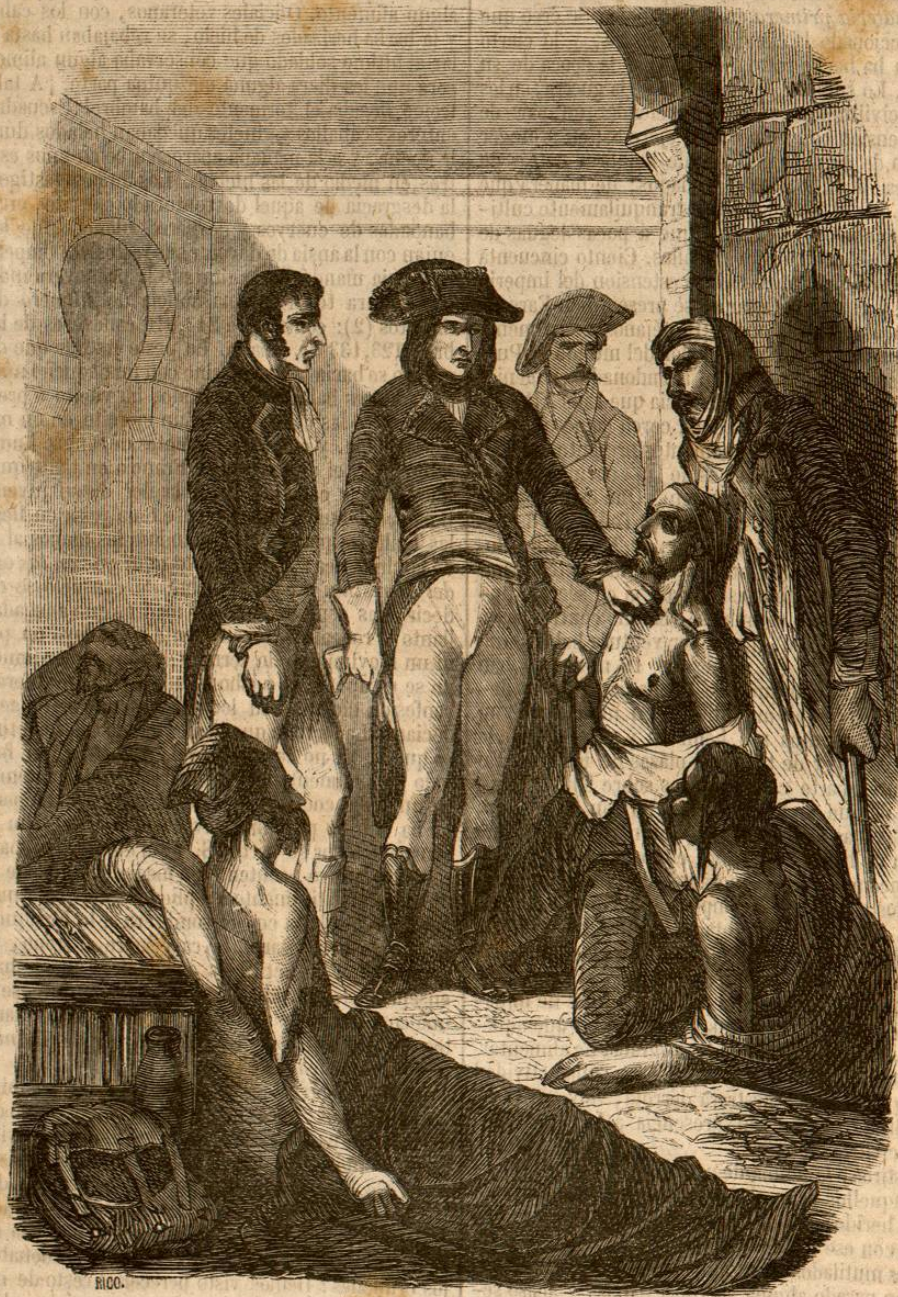
amputar los miembros gangrenados. En la campaña de Moscu llegó el caso de aplicar á las heridas heno seco por falta de hilas, hasta el heno faltó... los heridos murieron. Quinientos mil guerreros, gloria de la Francia, anduvieron errantes entre la nieve y los desiertos, sosteniéndose apoyados en un palo, pues ya carecían de fuerzas para llevar sus armas y por único vestido llevaban la ensangrentada piel de los caballos que habían tenido que matar para procurarse algun alimento. Oficiales veteranos, con los cabellos y la barba herizados de hielo, se rebajaban hasta adular al último soldado que conservaba algun alimento, para que les diera alguna mezquina parte. ¡A tal extremo llegaba el tormento del hambre! Escuadrones enteros, caballos y ginetes quedaban helados durante la noche, y á la mañana aparecían como unos espectros en medio de las nieblas. Los únicos testigos de la desgracia de aquel desventurado ejército, eran las bandadas de cuervos y de perros blancos que le seguían con la ansia de devorar sus restos. El emperador de Rusia mandó hacer durante la primavera indagaciones para tener alguna noticia del número de los muertos (2): contáronse 243,610 cadáveres de hombre, 123,133 de caballo. La peste militar que desde que no se hacia la guerra sino con un pequeño número de hombres había desaparecido, ha vuelto á presentarse entre las columnas de un ejército de un millón de soldados, y entre los torrentes de sangre humana: ¿Qué hacia el destructor de Francia en tanto que por tales plagas caía diezmada la flor de su juventud? Bonaparte huía, huía; dábale toda prisa en llegar á las Tullerías para decir frotándose las manos al calor de la chimenea: *Mejor se está aquí que en las orillas del Beresina*. Ni una palabra de consuelo se dignó decir á las esposas, ni á las madres que anegadas en llanto le rodeaban; en su frente no se leyó un pesar, ni un movimiento de ternura, ni un remordimiento; no se escapó de su pecho ni un suspiro que fuera una confesion tácita de su locura. Los nuevos Tigelinos decían: «La fortuna que hemos tenido en esta retirada, es que S. M. no ha carecido de nada: siempre ha estado bien alimentado y resguardado de la intemperie en un buen coche: puede decirse que el emperador no ha sufrido ninguna privación, y esto es un gran consuelo.» Por su parte, S. M. el emperador aparecía radiante, altivo, contento en medio de su córte, ondulando artísticamente los pliegues del régio manto, cubierta la cabeza con el sombrero á lo Enrique IV, dejándose pomposamente caer sobre el trono, y tomando en él las actitudes académicas que le habían enseñado... mas al través de aquel aparato se veía una cosa hedionda, que todo el brillo de los diamantes de la corona no podía ocultar: *¡el régio manto cubierto de manchas de sangre!*

¡Ah! ese horror de los campos de batalla habita ya entre nosotros: no se oculta ya allá en el fondo de los desiertos: vive entre nosotros; le vemos en París, en aquella ciudad que hace cerca de mil años resistió al poder de los Normandos, ensoberbeciéndose de no haber podido ser vencida sino por Clodoveo, fundador de la monarquía francesa. Entregar un país á la invasión, ¿no es acaso el mayor y el mas imperdonable de los crímenes? Hemos visto perecer el resto de nuestras generaciones; hemos visto grupos de soldados veteranos, pálidos y desfigurados, apoyándose en las esquinas de las calles, agonizando con toda clase de miserias, no teniendo fuerzas para sostener con su mano el arma con que han defendido á la patria, y alargando su demacrado brazo para pedir una limosna! Hemos visto el Sena cubierto de barcas, y las carreteras atestadas de carruajes conduciendo heridos, heridos que aun carecían del beneficio de la primera

(2) Extracto de un informe oficial del ministro de policía general al gobierno ruso, con fecha 17 de mayo 1815.

curacion. Uno de aquellos carros seguido en sus huellas de sangre por la dolorosa ansiedad pública, volcó en uno de los bulevares, lanzando sobre las desnudas piedras del pavimento un monton de cadáveres vivientes sin brazos, sin piernas, acribillados de sablazos, cosidos de lanzadas, dando alaridos, y pidiendo

como postrer favor á sus hermanos, les librarán de una vez de tanto cúmulo de dolores... Aquellos infelices eran unos jóvenes que sin llegar á la edad de la madurez habian sido arrebatados de sus hogares; y trasportados sin dejar siquiera el traje con que cultivaban la tierra, al campo de batalla; allí como ali-



NAPOLEON VISITANDO A LOS APESTADOS DE JAFFA.

mento destinado al cañon, se les habia colocado en el sitio de mas peligro, donde mas fácil pasto hallaban las baterías enemigas... aquellos infelices, vuelvo á decir, al sentir silbar sobre sus cabezas el mortífero plomo, lloraban y gritaban ¡Madre mia! ¡Madre mia! Grito aterrador que revelaba, que en vez de te-

ner el intrépido corazon del hombre, solo tenian la debilidad propia de un niño arrancado á la paz doméstica; caido del tierno regazo materno, en las despiadadas manos de su feroz soberano! ¿Y para quién se consuman tantos asesinatos? ¿Para quién se arrostran tantos dolores? para un abominable tirano, para

un extranjero que es tan pródigo de sangre francesa porque no tiene ni una sola gota de ella en sus venas.

¡Ah! cuando Luis XVI rehusaba castigar algunos culpables, cuya muerte le habria asegurado el trono, ahorrando al país tantas calamidades; cuando aquel monarca decia: «no quiero comprar mi seguridad á costa de la vida de un solo vasallo; cuando escribia en su testamento. Recomiendo á mi hijo, que en el caso de tener la desgracia de llegar á ser soberano, piense que debe consagrarse enteramente á la felicidad de sus conciudadanos; que debe olvidar todo rencor y acallar todo resentimiento, y en especial los que se refieren á los disgustos que yo he sufrido; y que tenga presente que tan solo reinando segun el espíritu de las leyes, es como se puede hacer la dicha de los pueblos;» cuando pronunciaba sobre el

cadalso estas palabras: «Franceses, ruego á Dios que no pida á la nacion la sangre de vuestros reyes, que vais á derramar.» Esa es la conducta de un verdadero rey, de un rey francés, de un rey legítimo, de un padre, de un gefe de la patria!

Bonaparte ha demostrado demasiada mediocridad en el infortunio para que se pueda creer que su elevacion fue obra del genio: su elevacion es hija del poder de la Francia, y la Francia la consideró como hija de los hechos de aquel hombre. Su grandeza es el resultado de las inmensas fuerzas que pusimos en sus manos en el momento de su elevacion. La heredó de los ejércitos, formados por los mas hábiles generales de la Francia, conducidos tantas veces á la victoria por aquellos grandes capitanes que han perecido, y que sin quedar uno perecerán acaso víctimas de los furo-



MUERTE DE ENGHEN.

res y de la envidia del tirano. Encontró al slevarse un pueblo numeroso, engrandecido por las conquistas, exaltado por los triunfos y por el movimiento que siempre producen las revoluciones: no tuvo mas que hacer, que pedir auxilios á la Francia y su fecundo suelo le prodigó ejércitos y tesoros.

Todo obstáculo se allana ante los ejecutores que Dios deja aparecer sobre la tierra para que sean ministros de su terrible indignacion: nada mas que con medianos talentos llegan á coronarse con increíbles triunfos. Saliendo del seno de las discordias civiles, toman aquellos exterminadores su principal fuerza de las calamidades á que deben su origen, y del terror que la memoria de estas inspira: de modo que se hacen dueños de la sumision del pueblo en nombre de las calamidades sin las que no hubieran salido de la oscuridad. A tales hombres les es dado corromper, envilecer, anonadar todo honroso sentimiento, de-

gradar los ánimos, mancillar cuanto llegan á tocar, aspirar y atreverse á todo, reinar por medio de la mentira, la impiedad y el terror, hablar en todos sentidos, fascinar todos los ojos, engañar á la misma prudencia, y ser reputados por hombres de superiores talentos, no siendo en realidad mas que unos criminales vulgares, pues no puede darse excelencia en ningun género, no estando solidamente basada en la virtud. Llevando en pos de sí las turbas fascinadas, triunfando en fuerza del número, colmando su deshonra á cada nueva victoria, llegan con la tea en la mano, y los piés bañados en sangre, á los confines de la tierra, poseidos del tremendo espíritu que les priva hasta del conocimiento de su misión.

Por el contrario cuando la Providencia quiere salvar un imperio y no castigarlo: cuando echa mano, no de verdugos, sino de servidores; entonces reserva para sus ministros una decorosa gloria en vez de una

fama abominable. Lejos de allanarles el paso, como á Napoleon Bonaparte, les opone dificultades que sirven de magnífico contraste á sus virtudes. Este es el distintivo característico entre el libertador y el asolador de los pueblos, entre el gran capitán, cuya misión es destruir, y el hombre que aparece sobre la tierra para edificar. Aquel es dueño de todo y emplea para sus fines recursos inmensos; este otro por el contrario, de nada dispone y solo se vale de los medios mas débiles: fácil es conocer por estas señales la misión y el carácter del asolador de la Francia.

Bonaparte es un supuesto grande hombre: fáltale la magnanimidad que es el constitutivo de los héroes y de los verdaderos reyes: de aquí proviene que no se cita de él ni una sola de aquellas máximas que por sí solas revelan el alma de un Alejandro, de un César, de un Enrique IV ó de un Luis XIV. La Providencia le creó sin entrañas: su cabeza, bastante capaz es el imperio de las tinieblas y de la confusión. Todas las ideas, incluso las del bien, pueden tener cabida en ella; pero tambien desaparecen con la misma facilidad. El rasgo distintivo de su carácter es una obstinacion invencible, una voluntad férrea; pero entiéndase solamente para la injusticia, la opresion y los planes extravagantes, pues abandona con la mayor inconstancia cualquiera sistema del que pudiera redundar algun bien á la moral; al orden ó á la virtud. La imaginacion le domina; la razon no ejerce en él su influencia. Sus proyectos no son resultado de un profundo y detenido exámen, son ráfagas de un impulso súbito, de una resolucion del momento. Hay algo de cómico en sus acciones; en él todo es remedo, hasta las pasiones que está lejos de sentir. Siempre figurando en un teatro; unas veces, como en el Cairo, representa el papel de un renegado que se jacta de haber destruido la sede pontificia; otras veces, como en París, declama tomando el tono de restaurador del Cristianismo: tan pronto inspirado, tan pronto filósofo, en todas sus escenas se nota demasiado el estudio, y la anticipada preparacion: la posteridad juzgará imparcialmente al soberano que tenia que tomar lecciones para presentarse en actitudes dignas de su elevado carácter. Afanándose por parecer original, nunca ha podido pasar de la imitacion, y aun esto lo hace con arte tan grosero que al instante revela el objeto que se propone imitar: constantemente está ensayando palabras que le parecen sublimes, ó hechos que en su concepto están llenos de elevacion. Aparentando un talento universal, habla á un mismo tiempo de hacienda y de espetáculos; de guerra y de modas; arregla la suerte de los reyes, y el sueldo de un empleado de puertas; expide en el Kremlin un reglamento de teatros, y el día que va á dar una batalla manda que se haga la prision de algunas mujeres en París. Como hijo de la revolucion, presenta semejanzas con su madre; intemperancia de lenguaje, aficion á la baja literatura y manía de escribir en los periódicos. Bajo la máscara de César y de Alejandro se echa de ver el hombre de poca importancia y el hijo de oscura familia. El soberano desprecio que manifiesta hácia todos los hombres, nace de que á todos los juzga por sí mismo. Su máxima es que todo se hace por interés, y que hasta la probidad no es mas que un cálculo. De aquí provenia aquel sistema de *fusión* que constituía la base de su gobierno, empleando sin distincion al bueno y al malo, y teniendo el mayor cuidado en poner á cada cual en oposicion con sus propios principios. Su mayor placer consistia en deshonrar la virtud, y denigrar las reputaciones: puede decirse que no tocaba cosa alguna que no la manchara. Cuando habia derribado á un sugeto entonces era, cuando, valiéndonos de sus propias expresiones, decia que *habia encontrado su hombre*; el caido le pertenecia por derecho de infamia, y ganaba un poco menos de amor y un mucho mas de desprecio. En su administracion

queria que no se vieran sino resultados; que no se reparara en medios, y que siendo las *masas* el todo, las *individualidades* no fuesen nada. «Podrá esa juventud llegar á corromperse; mas no por eso me será menos obediente; perecerá este ramo de industria; mas por de pronto me valdrá algunos millones; morirán sesenta mil hombres en este lance, pero yo ganaré una batalla.» Esa es su manera de discurrir; ese es el modo de aniquilar los reinos!

Como naturalmente destinado para destruir, Bonaparte llevaba el mal en su seno tan naturalmente como una madre ostenta con alegría y hasta con una especie de orgullo el fruto que lleva en sus entrañas. Horrorizábase de la felicidad de los hombres; en cierta ocasion dijo: «En Francia hay aun algunas personas felices, y estas son las familias que no me conocen que viven en el campo, en una quinta, con 30 ó 40,000 libras de renta; pero yo sabré dar alcance á esas personas.» Napoleon cumplió esta palabra. Estando en una ocasion viendo jugar á su hijo, preguntó á un obispo que se hallaba presente: ¿Señor obispo, creéis que eso tenga alma? Todo lo que se distingue por alguna superioridad espanta al tirano: toda reputacion le importuna. Envidioso del talento, del valor y de la virtud, ni aun la celebridad del crimen le agradaria, si ese crimen no fuese obra suya. Reconociéndole como el menos favorecido de los hombres cáusale sumo placer humillar á cuantos le rodean, sin acordarse que los reyes de Francia á nadie insultaban porque sabian que nadie podia tomar venganza de ellos; sin acordarse que habla con la nacion mas pundonorosa, con un pueblo educado en la corte de Luis XIV justamente célebre por la elegancia de sus modales y por lo exquisito de su delicadeza. Por último Bonaparte nada mas ha sido que el hombre de la prosperidad: tan luego que la desgracia, verdadero crisol de la virtud, tocó al brillante fantasma, se desvaneció el prodigio: el monarca quedó reducido á un aventurero y el héroe se vió despojado de su gloria postiza.

Al disolver el Directorio le habló Bonaparte en estos términos:

«¿Qué habeis hecho de aquella Francia que os dejé en un estado tan brillante? Os dejé la paz y os encuentro en guerra; os dejé victorias y os encuentro en ruinas; os dejé los millones de Italia y por todas partes no encuentro mas que leyes usurpadoras y miseria. ¿Qué habeis hecho de 100,000 franceses todos conocidos míos y compañeros de gloria? ¡Han muerto! Esta situacion no puede prolongarse: antes de tres años nos conduciría al despotismo: queremos república, pero la queremos cimentada sobre bases de igualdad, de moral, de libertad civil y tolerancia política, etc.

Hombre de perdicion, hoy en día usando de tus propias palabras podriamos preguntarte. ¿Di, qué cuenta das de aquella Francia tan brillante? ¿A dónde han ido á parar nuestros tesoros, los millones de Italia y de la Europa entera? ¿Qué has hecho, no de cien mil, sino de cincó millones de franceses, todos conocidos, parientes, amigos y hermanos nuestros? Esta situacion no puede prolongarse; por ella hemos venido á caer en un espantoso despotismo. Tú querias la república, y nos has dado la esclavitud. Nosotros queremos la monarquía basada en la igualdad de derechos, de moralidad, de libertad civil, de tolerancia política y religiosa. ¿Nos has tú dado esa monarquía? ¿Qué has hecho en beneficio nuestro? ¿Qué debemos á tu reinado? ¿Quién ha asesinado al duque de Enghien, puesto en tormento á Pichegru, desterrado á Moreau, cargado de cadenas al soberano pontífice, arrebatado la familia real de España, y dado principio á una guerra impia? Tú. ¿Quién ha perdido nuestras colonias, arruinado el comercio, abierto la América á los ingleses, corrompido nuestras costumbres, ar-

rebatado los hijos á sus padres, desolado las familias, arrasado el mundo, quemado mas de mil leguas de terreno y contribuido á que toda la tierra mire con horror el nombre francés? Tú. ¿Quién ha expuesto la Francia á la peste, á la invasion, al desmembramiento y á la conquista? Tú. No pudiste hacer semejantes cargos al Directorio; pero nosotros podemos hacértelos. Cuánto mas criminal eres tú que aquellos hombres que en tu propio concepto no eran dignos de reinar. Un rey legítimo y hereditario, por quien el pueblo hubiera sufrido la menor parte de los males que tú nos has causado, habria puesto en peligro su trono, y tú, extranjero y usurpador, podrias ser sagrado para nosotros en proporcion de las calamidades que sobre la Francia has derramado? ¿Seguirias reinando aun en medio de nuestras tumbas? La desgracia nos pone en posesion de nuestros derechos: no rendiremos ya mas adoracion á Moloc: no devoraras mas hijos nuestros: abominamos tus quintas, tu policia, tu censura, tus nocturnos fusilamientos, tu tiranía... no es nuestra voz solamente la que te acusa, es el grito de indignacion del género humano; un grito que nos pide venganza en nombre de la religion, de la moral y de la libertad. ¿Qué país no habrá tenido que lamentar víctimas de tu desolacion? ¿En qué ignorado rincón del mundo habrá una oscura familia que no haya participado algo de sus furores? El español en sus montañas, el iliriano en sus valles, el italiano bajo su hermoso cielo, el alemán, el ruso, el prusiano en medio de los escombros de sus ciudades te piden los hijos que les has degollado, el aduar, la cabaña, el palacio, el templo que les has incendiado. Tú les has obligado á venir á buscar entre nosotros lo que tú les quitaste y á registrar tus palacios para recobrar sus despojos ensangrentados. El grito del mundo te declara por el mas insigne criminal que ha aparecido sobre la faz de la tierra; porque no es sobre pueblos bárbaros, ó sobre naciones degeneradas donde has derramado tantos males, no es sino en el centro de la civilizacion, en un siglo de luces donde has querido dominar con el cuchillo de Atila y las máximas de Neron. Arroja, arroja en fin tu cetro de hierro: desciende de ese montón de ruinas que te sirven de trono: te expulsamos, como expulsaste el Directorio. ¡Aléjate! ó sirvate de castigo el presentiar la alegría que tu caída causa á la Francia, y contemplar con lágrimas de desesperacion el espectáculo de la pública felicidad.

Tales son las palabras que dirijimos al extranjero. Mas si desechamos á Bonaparte, ¿quién le reemplazará? — EL REY.

DE LOS BORBONES.

TAN conocidas son de los franceses las funciones anejas al título de rey que no es necesario explicárselas: la palabra *rey* les representa en el acto la idea de la autoridad legítima, del orden de la paz, y de la libertad legal y monárquica. Los recuerdos de la antigua Francia, la religion, las costumbres de otros tiempos, los hábitos de familia y de nuestra infancia, todo va enlazado á esa palabra sagrada, rey, á nadie asusta; antes por el contrario á todos inspira seguridad. Rey, magistrado, padre son ideas sinónimas para un francés. Pero no sabe lo que es un emperador ni conoce la naturaleza, la forma, ni el límite de poder unido á ese título extranjero, al paso que comprende muy bien lo que es un monarca descendiente de S. Luis y de Enrique IV: un gefe cuya autoridad paternal está arreglada por las instituciones, templada por las costumbres, dulcificada y perfeccionada por el tiempo, así como un vino generoso cogido en el suelo patrio, y purificado por el sol de la Francia.

Hablemos al fin con toda claridad: no habrá reposo, ni dicha para el país, ni estabilidad en las leyes, ni respeto para nuestras opiniones y propiedades hasta que la casa de Borbon se vea restablecida en el trono. Ciertamente no hubiera dejado la antigüedad, mas agradecida que nosotros, de llamar *divina* á una raza que principiando por un rey dotado de valor y prudencia y concluyendo por un mártir, ha contado en el espacio de nueve siglos treinta y tres monarcas, entre los cuales no se encuentra mas que un solo tirano: ejemplo único en la historia del mundo, y eterno motivo de orgullo para la Francia. La probidad y el honor residian en el trono de Francia; así como en otros países lo ocupaban la fuerza y la política. La noble y dulce sangre de los Capetos no descansaba de producir héroes, sino para dar á la nacion reyes que ante todo eran hombres de bien. Los unos merecieron el dictado de sabios, de buenos, de justos y de muy amados; los otros figuran en la posteridad con el epíteto de grandes, augustos y padres de las ciencias y de la patria. Ciertamente algunos tuvieron pasiones que fueron expiadas por medio de desgracias; pero ninguno asustó al mundo con aquellos vicios que pesan sobre la memoria de los Césares, y que Bonaparte ha vuelto á reproducir. Los Borbones, última rama de este árbol sagrado, han visto caer á impulsos de un extraordinario destino, á su primer rey bajo el puñal de un asesino, y al último bajo el acha del ateo. Desde Roberto, sexto hijo de San Luis, de quien descienden, nada les ha faltado, durante tan largo periodo de años, mas que esta gloria de la adversidad, que al fin han obtenido tan espléndidamente. ¿Qué podemos echarles en cara? El nombre de Enrique IV hace palpitar los corazones franceses y llena de lágrimas nuestros ojos. Debemos á Luis XIV la mejor parte de la gloria nacional. ¿No se ha dado á Luis XVI el dictado de hombre el mas honrado de su reino? Desecharemos la sangre de ese monarca por ser nosotros los que le dimos muerte? ¿Por haber hecho morir á su hermana, á su mujer y á su hijo rechazaremos ahora el resto de su familia? Esa familia que está llorando en el destierro no sus desgracias, sino las nuestras. Aquella jóven princesa á quien hemos perseguido, reduciéndola á la horfandad suspira continuamente en los palacios extranjeros por las prisiones de su patria. Un príncipe poderoso é ilustre le ha ofrecido su mano, pero ella prefiere poder unir su destino con el de su primo, pobre, desterrado, proscripto por ser francés, y aquella jóven no quiere separarse de las desgracias de su familia. El mundo entero admira sus virtudes: los pueblos de Europa la siguen admirados cuando se presenta en los paseos públicos, colmándola de bendiciones, y ¡nosotros, nosotros la olvidamos! Al salir de su patria, donde tan desgraciada habia sido lanzó sobre ella una última mirada y sus ojos se anegaron en llanto. Nosotros que somos el constante objeto de sus oraciones y de su amor, nosotros apenas sabemos si existe. ¡Ah! pueda al menos hallar algun consuelo labrando la dicha de su culpable patria! Esta tierra donde naturalmente brotan las flores de lis, las producirá mucho mas hermosas desde que ha sido regada con la sangre de un rey mártir.

Luis XVIII, que es el primero que debe sentarse en el trono de Francia es un príncipe conocido por su instruccion, incapaz de preocupaciones, y ageno á la venganza. De cuantos soberanos podrian instalarse al presente en el trono francés, acaso es el único mas acomodado á nuestra posicion y al espíritu del siglo: así como de todos los hombres que la Francia ha podido escoger, Bonaparte era el menos á propósito para ser rey. Las instituciones de los pueblos son obra del tiempo y la experiencia: para reinar es preciso ante todo razon y uniformidad. Un príncipe que no tuviera en su mente mas que dos ó tres ideas comunes,